

CAPITULO CLIX.

Estado de la Hacienda española.—Napoleon es elevado al Consulado.—Calamidades públicas.

Triste era el estado en que se hallaba la Hacienda española por consecuencia, tanto de los desaciertos de la política exterior, cuanto por la mala administración interior que tan dolorosamente estaba haciéndose sentir en todas las clases.

Sujeta la política española, digámoslo así, á los intereses de Francia, veíase envuelta en una guerra que destruía el comercio, que tanto había procurado fomentarse y enaltecerse en el reinado anterior, y que por desgracia decaía en tales términos, que á proseguir semejante marcha, no era difícil adivinar la total ruina de la nación.

En nada mejoró el estado de ésta con la caída del príncipe de la Paz.

El ministro Saavedra seguía siendo un servidor humilde del Directorio francés.

El embajador de la República era, en el Gabinete español, el verdadero árbitro en las cuestiones más delicadas, y consecuencia de esto fué el decreto de expulsión para todos los emigrados franceses sin distinción de clases; la prohibición, bajo las penas más severas, de la venta é introducción de mercancías inglesas, y finalmente, la prevención á los eclesiásticos de que evitasen decir en el pulpito nada que pudiese en lo más mínimo mortificar ú ofender á los gobernantes franceses.

El embajador español en París, siguiendo las instrucciones dadas por el Gobierno español, hacía también alarde de aquellas mismas disposiciones, y consecuencia de todo esto fué el buen sesgo que parecían tomar los asuntos de Portugal.

El Gabinete español hablaba estado protegiendo constantemente mientras que el Directorio, por el contrario, le era verdaderamente hostil, y necesitaba que España cambiase de actitud para realizar sus propósitos.

Y ya iba á ratificarse el tratado de Madrid, cuando, al tener noticia el ministro Pitt, consiguió entorpecer la negociación y dejarla finalmente abandonada.

Por este tiempo precisamente Napoleon verificaba la célebre expedición á Egipto, expedición que tanto influyó para los futuros destinos de Francia.

Ajeno á nuestro propósito ocuparnos de aquella célebre campaña que terminó con el desastre de Aboukir, desastre producido por la marina inglesa contra la escuadra de Francia, nos concretaremos únicamente al efecto que produjo en Europa la invasión de Suiza decretada por el Directorio, paso completamente antipolítico y que hizo lanzar un grito de indignación de toda la Europa.

Rusia mostróse dispuesta á unirse á Inglaterra, y Austria y Prusia no ocultaban sus simpatías á aquella nueva coalición.

Toscana y Cerdeña intentaban un levantamiento general, y Nápoles especialmente se distinguió en demostrar su afecto á Nelson.

España, temerosa de nuevas aventuras, trató de sostener la paz, pero sus negociaciones tanto en San Petersburgo como en Viena no tuvieron resultado alguno.

La conquista de Malta llevada á cabo por los franceses llenó de indignación á Inglaterra, que se creyó perjudicada en sus intereses, é inmediatamente se dispuso para alcanzar otro punto importante en el Mediterráneo.

Para este efecto organizó una armada, en la cual tomaron parte varios buques portugueses, y se dirigió sobre la isla de Menorca.

No se hallaba ésta ni suficientemente guarnecida, ni su fortificación estaba en situación de resistir el formidable empuje de sus enemigos, así fué que á éstos no les costó gran trabajo vencer la resistencia de la escasa guarnición, y el 10 de noviembre de 1798 cayó en su poder.

Al mismo tiempo otra flota inglesa asediaba á Malta, y los irlandeses, puestos en armas por instigación de España y Francia, eran batidos por las tropas de la Gran Bretaña.

El rey de Nápoles fué el primero en lanzarse á la pelea. Lleno de entusiasmo hizo tomar las armas á la quinta parte de la población, y aún cuando en el primer momento obligó á los franceses á replegarse, presto, tomada por éstos la ofensiva, no solamente les derrotaron en diferentes encuentros, sino que el Monarca tuvo que abandonar el reino refugiándose en Palermo, mientras que el general republicano Championet, penetrando en la capital en enero de 1799, erigió el reino en república bajo la denominación de Partenopía.

El Piamonte quedó incorporado á Francia, y mientras tanto, cual si Carlos IV no comprendiese la verdadera tendencia de los hombres de la revolución francesa, pedía humildemente al Directorio el trono de Nápoles para un infante de España con el propósito, según decía, de servir de este modo mucho mejor los intereses de Francia.

Imposible parece que la debilidad y la degradación pudieran llevarse á mayor extremo, máxime cuando precisamente aquel mismo Monarca era el que con más insistencia y con mayor energía que todos los demás reyes en Europa, habíase esforzado, no sólo para salvar la vida, sino hasta el trono de su pariente Luis XVI.

España había vuelto, como en pasados tiempos, á ser dócil instrumento de la política francesa, y á pesar de que estaba viendo

la coalición formada por todas las potencias contra Francia, persistía en mantener, no solamente sus buenas relaciones, sino en prestarle su ayuda.

Y en vano era que las demás naciones hicieran esfuerzos ni reflexiones para separar á España de la torcida senda que había emprendido.

Hombres, dinero, buques, todo se lo ofrecían las potencias que consideraban la situación de España ventajosísima para hacer la guerra á Francia; pero ni estas ofertas, ni las amenazas y declaración de guerra que por el mes de julio de aquel mismo año le hizo Rusia, fueron suficientes á abrir los ojos y despertar á la corte española.

A tal extremo había llegado la debilidad de Carlos IV, que el embajador francés atrevióse á pedir la separación de los ministros españoles, y sin embargo de esto, todavía se le seguía contemplando y atendiendo.

La resuelta actitud de Rusia debiera haber hecho meditar seriamente al Gabinete español.

Pero no sucedió así, y á la declaración de guerra hecha por el Czar, inmediata é impremeditadamente contestó Carlos IV con el siguiente Real decreto:

«La religiosa escrupulosidad con que he procurado y procuraré mantener la alianza que contraté con la república francesa, y los vínculos de amistad y buena inteligencia que subsisten felizmente entre los países, y se hallan cimentados por la analogía evidente de sus mutuos intereses políticos, han excitado los celos de algunas potencias, particularmente desde que se ha celebrado la nueva coalición, cuyo objeto, más que el quimérico y aparente de restablecer el orden, es el de turbarle, despreciando á las naciones que no se prestan á sus miras ambiciosas. Entre ellas ha querido señalarse particularmente la Rusia, cuyo emperador, no contento con abrogarse títulos que de ningún modo pueden corresponderle, y de manifestar en ellos sus objetos, tal vez por no haber hallado la condescendencia que esperaba de mi parte, acaba de expedir el decreto de declaración de guerra, cuyo publicación sólo basta para conocer el fondo de su falta de justicia.»

Aquí continúa transcribiendo la declaración de guerra del moscovita añadiendo después:

«He visto sin sorpresa esta declaración, porque la conducta observada con mi encargo de negocios, y otros procedimientos no menos extraños de aquel soberano, hacía tiempo me anunciaban que llegaría este suceso. Así, en haber ordenado al encargado de Rusia, el consejero Butzow, la salida de mi corte y estados tuvo mucha menor parte el resentimiento que las consideraciones de mi dignidad. Conforme á estos principios, me hallo muy distante de querer rebatir las incoherencias del manifiesto ruso, bien patentes á primera vista, y lo que hay en él de ofensivo para mí y para todas las potencias soberanas de Europa; y como que conozco la naturaleza del influjo que tiene la Inglaterra sobre el Czar actual, creería humillarme si respondiese al expresado manifiesto, no teniendo á quien dar cuenta de mis enlaces políticos sino al Todopoderoso, con cuyo auxilio espero rechazar cualquiera agresión injusta, que la presunción y un sistema de varias combinaciones intenten contra mí y contra mis vasallos, para cuya protección y seguridad he tomado y tomo aún las más eficaces providencias, y noticiándoles esta declaración de guerra les autorizo á que obren hostilmente contra la Rusia, sus posiciones y habitantes. Tendráse entendido en mi Consejo para su cumplimiento en la parte que le toca. En San Ildefonso á 9 de setiembre de 1799. A. D. Gregorio de la Cuesta.»

La nueva guerra emprendida no se mostró favorable á las armas de la república, y únicamente los generales Championet y Massena fueron los que sostuvieron algún tanto el prestigio de Francia.

En el interior también se hallaba ésta terriblemente agitada.

Las derrotas sufridas atrajeron contra el Directorio la saña de los realistas, constitucionales y jacobinos, que se reunieron para combatir al enemigo común, y aún cuando el Directorio hacía esfuerzos para sostenerse, como que la desorganización avanzaba rápidamente, la dictadura, bajo la forma que Sieyès había indicado, que lo que se necesitaba era una cabeza y una espada, era lo único que en lontananza se veía.

Y efectivamente esta cabeza y espada aparecieron bajo la forma de Napoleon Bonaparte, que en el mes de octubre había llegado de Egipto, que contaba con el ejército y hacia el cual se dirigían todas las miradas.

Únicamente se necesitaba un poco de audacia, y como que ésta existía, el golpe de estado del 18 brumario (10 de noviembre) vino á elevar al consulado á Napoleon Bonaparte, que inmediatamente se instaló en las Tullerías.

A partir de este momento la situación cambió inmediatamente para Francia, y como que existía un gran convencimiento de que únicamente aquel hombre podía salvarla, todas las fuerzas, todos los elementos pusieron á su lado, y como que tenía en ayuda de su genio el apoyo del país, bien pronto comenzó á dejarse sentir el nuevo orden de cosas que se acababa de crear.



J. SERRA, LIT.

LH. VIDAL, OENO, ST.

PÍO VII.

Riera editor. Barcelona. Robador. 24 y 26.

CAPITULO CLX.

El pontífice Pío VII.—Separación de D. Luis de Urquijo.—Guerra de Portugal.

NATURAL era que los sucesos ocurridos últimamente en Francia produjesen cierta excitación en toda Europa, porque realmente se adivinaban los propósitos conquistadores de aquella nación.

Unicamente España era el país de la confianza respecto á Francia. A pesar de que las obligaciones contraídas con ella esquilaban doblemente su ya exhausto tesoro, ni se mostraba cansada de tantos sacrificios, ni dispuesta á rechazar con altivez las proposiciones que á cada momento se la estaban haciendo.

El Directorio disponía de nuestras escuadras, de nuestros marinos, de nuestros astilleros, de todo, en fin, sin que el Gobierno español se atreviese á romper en absoluto con quien, más que como aliado, como señor estaba disponiendo.

Posteriormente, y temiendo el Monarca que se hubiese ofendido el Directorio por el deseo manifestado, de que tornase al Ferrol la expedición que había pasado á Rochefort bajo el mando del general de marina Melgargo, toda vez que se había desistido de la idea de hacer un desembarco en Irlanda, á cuyo objeto se habían enviado aquellos buques con las tropas correspondientes, expidió Carlos IV una carta concebida en estos términos:

«Yo me lisonjeo que por todos títulos soy digno de vuestra amistad y confianza. Me habéis visto siempre pronto á obrar con ella. Mis escuadras han estado paralizadas y servidos de este modo en daño mío y del bloqueo de mis puertos, porque me manifestasteis en dos ocasiones que os convenía... Contad siempre con mi amistad, y creed que las victorias vuestras, que miro como mías, no podrán aumentarla como ni los reveses entibiarla... consigamos felices triunfos para obtener con ellos una ventajosa paz, y el universo conozca que ya no hay Pirineos que nos separen, cuando se intente insultar á cualquiera de los dos.»

Segun los deseos del Directorio habíanse reunido la armada francesa y española, la cual fué bloqueada en el puerto de Brest, permaneciendo allí bastante tiempo pudriéndose y costándonos muchísimo dinero, segun así había manifestado nuestro embajador en París, Azara.

España era la única nación que seguía la suerte de Francia en aquellos momentos, y así la encontró Napoleon al ocupar el consulado.

Veamos entre tanto la situación en que se hallaba el Jefe de la cristiandad en medio de este general trastorno.

«El infeliz Pío VI, dice un historiador de nuestros días, había sido llevado prisionero á Francia á pesar de las instancias que en su favor interpusiera Carlos IV. Sin otros medios de valer al angustiado Pontífice, mandó este Rey abrir un crédito ilimitado para socorrerle y asistirle, al tiempo que Azara intercedía para que se suspendiera el viaje. Agradecido el Papa á estas benévolas disposiciones, y apurado además por la actitud que en los asuntos eclesiásticos manifestaba el Gobierno español, acabó por dar varios breves, otorgando á Carlos subsidios eclesiásticos y otras gracias importantes impetradas por el enviado D. Pedro Labrador, si bien no consintió en la petición para que se restituyeran á los obispos españoles las facultades de que gozaban en la disciplina primitiva, ni tampoco en la concesión perpétua de la Bula de la Cruzada, que sólo se hizo por veinte años. Así, agobiado de exigencias, de años, de disgustos y de malos tratos, alcanzó la muerte en Valencia del Delinado (29 de agosto de 1799), y este suceso produjo en España alteraciones que habrían podido ser graves. Urquijo, espíritu ligero y atrevido, partidario ardiente de las ideas nuevas, que se preciaba de filósofo y de político avanzado, resolvió entonces realizar aquello mismo en que el Papa no había querido consentir, y la *Gaceta* en que se anunciaba la muerte del Pontífice, contenía un Real decreto, mandando que los arzobispos y obispos usaran de toda la plenitud de sus facultades conforme á la antigua disciplina de la Iglesia, para las dispensas matrimoniales y demas que les competen, sin necesidad de acudir á Roma, hasta que el Rey les comunicara el nombramiento de nuevo papa; que el tribunal de la Rota continuase ejerciendo jurisdicción, porque así lo quería el Rey, y que respecto á la consagración de arzobispos y obispos (quiso decir *confirmación*), se reservaba el soberano el derecho de determinar lo conveniente (3 de setiembre).»

Todos los planes, formados con más sobra de ligereza que verdadero espíritu católico, fueron por tierra desde el momento en que el cónclave reunido en Venecia, á consecuencia de una bula que el Pontífice cautivo había entregado al embajador español Azara, erigió al cardenal Gregorio Bernabé bajo el nombre de Pío VII.

Inmediatamente, tanto los embajadores del imperio como los de Cerdeña y de Nápoles, se apresuraron á reconocer al nuevo Pontífice, y el rey de España, separándose en este punto de la opinión y de la idea del Gobierno francés, le reconoció á su vez celebrándose su elección con solemnes fiestas, expidiendo un decreto restituyendo las cosas al estado anterior, al interregno.

El último año del siglo XVIII, como si fueran pocas las calamidades con que nos había favorecido, envió otra nueva á nuestras provincias meridionales, en las cuales la fiebre amarilla, nueva enfermedad contagiosa importada de América, se cebaba con terrible encarnizamiento, mientras que los ingleses bloqueaban y ame-

nazaban nuestros puertos é interceptaban nuestras comunicaciones.

En el año de 1800 el gobernador del Consejo expidió una orden circular á todas las provincias para que en el término de ocho días las abandonasen, presentándose en los puertos de Alicante ó Barcelona, todos los jesuitas que desde dos años ántes habían regresado á España.

Muchos enfermaron y fallecieron durante el camino y otros permanecieron en España, merced al olvido ó tolerancia del Consejo, que no se cuidó de contestar á las consultas que hubieron de hacerles algunas autoridades locales.

«Bonaparte, revestido de la púrpura consular, dice un historiador, emprendió la realización de sus proyectos de grandeza, basados en el restablecimiento del orden interior y en la gloria de Francia. Deseaba ésta la paz, así es que el primer paso del Cónsul fué escribir á los soberanos de Inglaterra y Austria para brindarles con un tratado, que ambos rechazaron terminantemente, y Bonaparte se dispuso para dar principio á las hostilidades contra la coalición triunfante, de la cual se había como retraído el czar Pablo de Rusia, resentido de la conducta de Austria en la anterior campaña. Las primeras relaciones del nuevo Gobierno francés con el Gabinete de Madrid amenazaron alterar la amistad que entre ellos existía; Bonaparte quiso que se enviaran tropas y navíos á la bloqueada guarnición de Malta y también á las playas de Siria, mas el Gobierno español repugnó prestarse á uno y otro envío, exponiéndole el peligro de que aquellas fuerzas cayeran en poder de los ingleses, dueños del Mediterráneo, y el de que lo primero le trajera un rompimiento con el emperador de Alemania; y lo segundo, con el turco, que fácilmente podría vengarse en sus posesiones de Africa. No estaba acostumbrado el Gobierno francés á encontrar en Madrid oposiciones á sus planes, así es que, irritado, dió ásperas quejas al embajador D. Ignacio Muzquiz, sucesor de Azara, atribuyendo lo que sucedía á influencia del ministro Urquijo, contra el cual se hallaba muy prevenido por las relaciones que mantenía con algunos terroristas de París. En vano éste, para conjurar la tempestad, se dió prisa á acceder á los deseos del primer Cónsul aportando en Cádiz algunos bergantines, á abrirle un crédito de millon y medio de pesos en la América española y á enviar un embajador á Constantinopla con la misión expresa de persuadir al sultan á que hiciese la paz con Francia; ésta no le perdonó nunca aquel paso, y desde entónces comenzó á maquinarse su ruina.»

Los ejércitos franceses penetran en Alemania y Suiza, Bonaparte pasa el Monte San Bernardo, movimiento verdaderamente atrevido, y la famosa batalla de Marengo restituye á Francia aquellos estados de Italia perdidos un año ántes.

La época de los triunfos comienza; Francia mostrábase orgullosa, y el Emperador no tuvo más remedio que proponer la apertura inmediata de un congreso, á fin de devolver la paz á la Europa estipulándose un armisticio general, armisticio que costó á Austria algunas plazas.

En virtud de la cesion hecha por Napoleon al czar Pablo, le apartó de la coalición de las potencias neutrales del Norte, consiguió tornarlas enemigas de Inglaterra, y tratando de aumentarse las simpatías en España, envió regalos al Rey, á la Reina y al príncipe de la Paz, y el general Berthier, enviado como embajador, llevaba el encargo de arreglar la cuestion de Parma.

Los Monarcas españoles recibieron favorablemente al enviado francés, cambiáronse regalos entre ambas córtes, y finalmente, en 1.º de octubre se firmó el tratado de San Ildefonso, por el que la República francesa se obligaba á procurar al infante-duque de Parma un aumento de territorio en Italia que hiciese ascender sus estados á un millon y doscientos mil habitantes, en cambio de lo que el rey de España cedía á Francia la colonia de la Luisiana y seis navíos de guerra de setenta y cuatro cañones armados y equipados, ratificándose de nuevo el tratado de 1796.

Otra parte de la misión que el embajador Berthier había traído á España, fué la de obligar al Rey á declarar la guerra á Portugal, á fin de obligar á esta nación á romper con Inglaterra.

Napoleon quería servirse de las naves españolas, tanto para el socorro de Malta y de Egipto, como para otras empresas de verdadero interes para Francia; pero el general Mazarredo, jefe de la armada española de Brest, se oponía con entereza á semejante propósito, manifestando que donde verdaderamente hacían falta los buques españoles era en Cádiz.

Y efectivamente, en nuestra Península estaban haciendo gran falta nuestros buques.

Los ingleses enviaron una expedición contra el Ferrol que, merced á las disposiciones tomadas por los generales Negrete y Donadío, obligaron al almirante inglés á recoger sus fuerzas y darse nuevamente á la vela.

Igual suerte tuvo la expedición dirigida contra Cádiz. El gobernador, D. Tomas de Morla, tomó una actitud tan resuelta despues de haber intentado en vano hacer que el enemigo escuchase la voz de la humanidad, respecto á una poblacion tan terriblemente castigada por una epidemia, que los ingleses hubieron tambien de retirarse como lo habían hecho poco ántes en el Ferrol.



DESTRUCCION DE LOS NAVIOS SAN HERMENEGILDO Y REAL CARLOS.

Riera, editor. Barcelona. Robador, 24 y 26.